



LECCIÓN 206 ~ Sexto Repaso
[186] De mí depende la salvación del mundo.

Comentario de Sarah:

Hay una pregunta sorprendente en la Clarificación de Términos, donde la Voz de Dios pregunta: **“¿Estás listo ya para ayudarme a salvar el mundo?”** (C.2.9.1) ¿Cuál será mi decisión? ¿Estoy preparado para ocupar mi lugar entre los salvadores del mundo? ¿Qué significa eso? ¿Qué se requiere de mí? Jesús dice que salvar el mundo es curar nuestra propia mente. Para eso está el tiempo. A través del proceso del perdón, llegamos a saber que la paz de Dios está en nosotros y es nuestra. El perdón es el medio para deshacer la falsa creencia de que hay un mundo fuera de la mente. Así, salvar el mundo es salvarnos a nosotros mismos.

Se nos confían sus dones. **“El amor me creó a semejanza de Sí Mismo.”** (L.67) Cada atributo de Dios, lo tengo yo. Somos el amor y tenemos el amor. Por eso podemos decir: **“Yo soy la luz del mundo.”** (L.61) Sin importar los conceptos que abriguemos y lo que creamos sobre nosotros mismos, lo que sintamos sobre nuestras carencias, lo indignos, carentes y privados que nos sintamos, la verdad está dentro de nosotros, y tenemos el poder de elegir conectarnos con ella. Pero primero, necesitamos ver las falsas creencias que tenemos sobre nosotros mismos, lo que valoramos, tememos y tratamos de controlar, y estar dispuestos a entregarlo todo al Espíritu Santo. Observando nuestros pensamientos sin juzgarnos, recordando que por muy feas que parezcan las cosas, en nuestros pensamientos y en nuestro comportamiento, somos sin embargo completamente inocentes. No somos culpables simplemente por haber cometido un error que puede ser corregido. Reconocemos que el yo mítico del sueño no es lo que somos. El ego no es lo que somos. Sus pensamientos no me pertenecen. Entonces puedo ser el observador del sueño que he soñado y saber que no es lo que soy. Así es como experimentamos la luz de nuestro ser y hacemos espacio para la verdad a través de la voluntad de traer todo lo que es falso a la verdad. Dejamos lo falso en el altar interior en lugar de intentar arreglarnos a nosotros mismos. Entonces tomamos cualquier acción que nos guíe a tomar mientras nos tomamos el tiempo para escuchar y seguir.

No hay un mundo aparte de nuestros pensamientos. Este es un concepto radical, lo sé, pero que se hace más y más evidente a medida que hacemos la curación. El mundo está en la mente, ya que nada está fuera de la mente. Es simplemente un reflejo de lo que estamos pensando y creyendo; pero por ahora, tenemos que seguir trabajando con los símbolos del mundo y cualquier cosa que aparezca en la mente que creamos que es causada por personas y eventos fuera de nosotros. Esta es la materia prima para el perdón y la curación. Podemos elegir ser felices con cualquier cosa que aparezca ya que todo es para nuestra curación. A medida que liberamos los obstáculos al amor, afirmamos nuestras bendiciones, expresamos gratitud, aceptamos cada vez más la paz y la alegría que siempre está disponible como se da en nuestra creación. Hemos tratado de reemplazar Su

verdad con la nuestra. Pensamos que somos los autores de nuestras propias vidas, pero sólo hay un Autor. Pensar que nos hemos hecho a nosotros mismos es creer que existe Dios, y algo más. Para que existamos, tuvimos que tomar nuestra aparente existencia de Dios. Lo que esto parece es una creencia en la dualidad, en lugar de un reconocimiento de la Unicidad. Esto ha dado lugar a una creencia en la separación, las diferencias y la competencia.

Como resultado de la creencia de que robamos nuestra identidad a Dios, ahora experimentamos culpa y miedo porque el ego nos ha convencido de que hicimos un daño real a la Creación y al Creador. Nos hemos creído este mito, pero no es la verdad. Creemos que hemos destrozado nuestro hogar, que hemos dañado nuestra naturaleza prístina y ahora tenemos miedo al castigo. Somos como el Hijo Pródigo, que cree que ha robado el tesoro de su padre y que no puede volver a enfrentarse a él, así que se va a vivir con los cerdos. Jesús dice que simplemente hemos olvidado la verdad que todavía está en la mente y de hecho que nunca dejamos a Dios, excepto en sueños. El Hijo Pródigo sintió que nunca sería perdonado, pero cuando volvió a casa su padre lo recibió con los brazos abiertos y celebró su regreso. Nuestro Padre también anhela nuestro regreso al hogar que nunca dejamos, salvo en sueños, y está dispuesto a recibirnos. La sensación de haber hecho algo terriblemente malo y de haber perdido la inocencia nos hace buscar en el mundo lo que creemos haber perdido. El ego nos ofrece todo tipo de substitutos para mantenernos en sus garras hasta que nos damos cuenta de que ninguno de ellos nos aporta la felicidad y la paz que anhelamos.

Todo lo que se requiere para despertar a la verdad de nuestra realidad es buena disposición, voluntad de ser honestos y valor. Jesús dice: **“Es siempre el resultado de combinar tu buena voluntad con el poder ilimitado de la Voluntad de Dios.”** (T.18.IV.4.2) (ACIM OE T.18.V.35) lo que nos lleva al instante santo. No se trata de intentar limpiar nuestro propio acto. Él dice: **“Te equivocabas cuando pensabas que era necesario que te preparases para Él. Es imposible hacer arrogantes preparativos para la santidad sin creer que es a ti a quien le corresponde establecer las condiciones de la paz.”** (T.18.IV.4.3-4) (ACIM OE T.18.V.35) Las condiciones para la paz las establece Dios, no nosotros. Nuestra parte es simplemente estar dispuestos a ser enseñados. Nadie nos coaccionará jamás. El amor aguarda pacientemente nuestra buena disposición.

Se nos dice que, por ahora, seguimos necesitando una estructura. Estamos utilizando las Lecciones proporcionadas en el Libro de Ejercicios y haciendo la práctica para alcanzar la meta de la falta de forma - nuestro Ser eterno. Los específicos de nuestras vidas proporcionan el aula de aprendizaje en la que tenemos una función especial basada en nuestras fortalezas y nuestras habilidades junto con una función universal de perdón. El Espíritu Santo nos considera dignos de esta función. Sólo nuestra arrogancia juzga lo contrario. Tenemos un papel importante que desempeñar en la salvación, como todos. Debemos asumir nuestra parte y dejar de hacernos los pequeños en nombre de la humildad, el victimismo y el miedo. Es arrogante insistir en que somos víctimas indefensas en lugar de aceptar lo que Dios dice que somos como Su Hijo. La única manera de salir de la prisión de nuestros propios planes es aceptar Su plan. Esto significa que debemos dedicar nuestro tiempo a escuchar en silencio en nuestra práctica matutina y nocturna, y dejar que el Espíritu Santo guíe nuestro día.

“Haz lo que la Voz de Dios te indique. Y si te pide que hagas algo que parece imposible, recuerda Quién es el que te lo pide y quién el que quiere negarse. Luego considera esto: ¿Quién de los dos es más probable que esté en lo cierto, la Voz que habla por el Creador de todas las cosas y que las conoce exactamente como son o la distorsionada imagen de ti mismo, que es inconsistente y está confundida, perpleja e insegura de todo?” (L.186.12.1-4)

Hoy nos centramos en refutar la voz del ego observando nuestros pensamientos y dejándolos pasar sin apego. Entramos profundamente en nuestra mente hasta ese lugar tranquilo en el que reside el Espíritu Santo. Hoy elegimos escuchar Su verdad y no nuestras propias ideas, que no llevan a ninguna parte. Nos ponemos como meta la paz. Nos tomamos el tiempo de ir a nuestro interior para escuchar la guía. La manera de escuchar es liberar los obstáculos a la verdad, que son los pensamientos que tenemos en nuestra mente. Seguimos dedicando este día y todos los días a recordar a las personas y situaciones de nuestra vida que nos ofrecen todas las oportunidades que necesitamos, a lo largo del día, para practicar nuestra función de perdón.

“¿Y si durmieras? ¿Y si en tu sueño, soñarás?
¿Y si al soñar fueras al cielo y ahí
recogieras una extraña y hermosa flor?
¿Y si cuando despertaras tuvieras la flor en tu mano?
Ah, ¿entonces qué?”

-Samuel Taylor Coleridge

Amor y bendiciones, Sarah 
huemmert@shaw.ca